

1-48 EL CIELO

El artículo con que concluye la profesión de fe se refiere a la vida eterna. “Resurrección” y “vida eterna” abren la perspectiva de “la vida del mundo que ha de venir”, de las “cosas finales” para el hombre: juicio y purificación final (Purgatorio), cielo o infierno como definitiva felicidad o infelicidad. La muerte es la puerta de entrada a la vida eterna.

Ahora que estamos reflexionando sobre las “verdades últimas” a la luz de Catecismo, debemos considerar desde el comienzo una cuestión crucial. Dice el Concilio: “Los últimos tiempos ya están entre nosotros”. Desde la venida de Cristo, desde su encarnación, muerte y Resurrección, la perfección ya ha venido, la nueva vida eterna ya se nos ha concedido. En la liturgia del Domingo de Pascua se nos dice: “Si pues habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está, sentado a la derecha de Dios”(Col 3:1).

La vida perdurable ya ha comenzado. Unidos con Cristo por el Bautismo los creyentes ya participan verdaderamente en la vida celestial de Cristo resucitado. El paso de la muerte a la vida eterna no comienza con la muerte del cuerpo. San Pablo dice que “Para mí vivir es Cristo”, y todo lo que nos une más estrechamente a Cristo significa incluso ahora vida para siempre.

Más aún el apóstol dice: “Mi deseo es partir y estar con Cristo” (Fil 1:23). “Pues mientras estamos lejos del Señor caminamos en fe, no en visión” (2 Cor 5: 6-7). Solo entonces veremos a Dios “tal como es” (1 Jn 3:2), cara a cara. Este es el objetivo que todo ser humano consciente o inconscientemente anhela alcanzar.: “Allí descansaremos y veremos, veremos y amaremos, amaremos y alabaremos. Mirad, que será un final sin final. Porque ¿que otro final tendremos, si no es para alcanzar el reino que no tiene fin? (S.Agustín).

El cielo es la perfecta comunión el Dios trinitario, con María, los ángeles y los santos.”Vivir en el cielo es vivir con Cristo”. La gloria del Cielo excede cualquier cosa que podamos imaginar: “Lo que el ojo no vio ni el oído oyó...eso es lo que Dios tiene preparado para aquellos que le aman” (1 Cor 2:9).Obtenemos un anticipo del cielo, sin embargo, si simplemente tomamos el camino del amor. Santa Teresa de Lisieux alaba este “cielo en la tierra” en su poema “ Mi deleite”:
“Me gustaría vivir mucho más, Señor, si ese es tu deseo. Al cielo alegremente te seguiría, si ese es tu deseo. El amor, este fuego de la celestial Paternidad, no cesa de consumirme. Muerte o vida... ¿qué pueden hacerme? ¡Jesús, mi deleite está en amarte!”
El cielo está presente donde hay amor”; Cristo ya nos lo ha traído”.